

LA MEMORIA EN DONDE ARDÍA

de Mary Vázquez Artigas

Mas no desotra parte en la ribera
dejará la memoria en donde ardía;
nadar sabe mi llama la agua fría
y perder el respeto a ley severa.

Francisco de Quevedo

Personajes:

William Hudson - 55 años. Es un hombre alto, delgado, de complexión recia.

Emily - Su esposa. Sensiblemente mayor, conserva rastros de fresca y de una frágil belleza rubia.

Morley Roberts-Joven poeta, amigo de ambos.

Sclater - Director de un museo de Ciencias Naturales.

Chillingworthy, Cloudlesley, Bingley, George - Caballeros ingleses, criadores de ovejas en el Uruguay, alrededor de 1870.

María - 14 años. Es morena, bella y muy pálida.

Madre de Hudson - 50 años.

Voces de Alberto Hudson y Roberto Cunninghame-Graham.

La acción transcurre en *Tower House*, la casa de William y Emily en Londres, alrededor de 1896, entre una tarde de invierno y el amanecer del día siguiente.

“...Él está en Trapalanda, aquel lugar místico, al cual los indios del gran mar de pasto, la Pampa, esperaban ir. Él debe estar allá, porque allá el pasto crece, siempre verde y fresco, el agua nunca deja de manar, los caballos en que montan los espíritus de los indios, nunca se cansan... Él debe estar allá, porque toda su vida miró amorosamente hacia atrás, las grandes llanuras que lo vieron nacer... Él debe estar en Trapalanda”.

Roberto Cunninghame-Graham, “Los caballos de la conquista”.

Escena I: Tower House

Sala - comedor victoriana, austera. Un reloj con carillón.

Hudson - (Con una carta en la mano) Esta casa es helada.

Emily - Pero está bien ubicada. ¡Tan cerca de la estación!

Hudson - ¡Cada vez podemos viajar menos! ¿Cuánto hace que no tomamos un tren?

Emily - ¿De quién es la carta?

Hudson - De Morrison. Me devuelve el artículo sobre las migraciones.

Emily - ¿Por qué?

Hudson - Dice que quiere Ciencia y no Poesía.

Emily - ¿No le vas a contestar?

Hudson - Es un imbécil. Lástima por los chelines.

Emily - No te preocupes. Las niñas Steward me pagaron las clases atrasadas. Hice traer carbón.

En ese momento, el viento silba con fuerza en las cañerías. Hudson oye y, poco a poco, va pareciendo más y más asustado.

Hudson - ¿Qué es eso?

Emily - ¡Todavía no te acostumbraste!

Hudson - Pero, ¿qué?, ¿qué es?

Emily - Es el viento, el viento en las cañerías.

Hudson - ¿Estás segura?

Emily - William, por Dios, ¿qué otra cosa va a ser?

Hudson - Ese pájaro maldito.

Ella calla. El viento amaina.

Emily - ¿Te sientes bien?

Hudson - Tengo mucho frío.

Emily - Acércate a la estufa. Ya va a estar pronto el té.

Emily tiende un mantel de hilo bordado sobre la mesa.

Hudson - ¿Para qué ese mantel tan elegante, Emily?

Emily - Puede venir el señor Sclater.

Hudson - ¿Aquí? ¡Qué ocurrencia!

Emily - Dijo que, quizás, pasara el viernes a verte y a recoger un trabajo.

Hudson - Dijo por decir. ¿El gran Sclater subiendo al Illimani? ¡Él sabe que son cinco pisos, Emily!

Emily - Por las dudas. ¡Pero estás temblando!

Hudson - Hace frío.

Emily - (Le toca la frente) Estás haciendo unos quintos de nuevo. Podríamos llamar al médico.

Hudson - ¡Por favor! ¿Para que otra vez me recetes climas suaves y cielo azul y, de paso, se nos lleve tres libras?

Emily - No es un mal médico; y no tenemos que pagarle en el acto.

Hudson - ¿Qué hay para el té?

Emily - Hice unos scones y queda mermelada de naranja. (Como disculpándose) Para endulzar el té tengo la miel que nos trajo Roberts.

Hudson - Yo lo tomo amargo. (Silencio. Sopla el viento. Luego, con cautela) Emily, anoche ¿oíste las bandadas?

Emily - ¿Las bandadas?

Hudson - (Impaciente) ¡Sí!

Emily - Habrá sido un sueño.

Hudson - No sé, parecía tan verdadero. Miles y miles.

Emily - William, yo no oí nada. Además, ¿pájaros, de noche, sobre Londres y en pleno invierno? Debió ser el viento.

Hudson - Siguieron pasando hasta el amanecer.

Emily - No hables así. Tú necesitas...

Llaman a la puerta. Emily va a abrir. Entra Roberts.

Escena II: Pickles de durazno

Roberts - (En la puerta. Jovial, un poco fatigado, ha subido rápido, casi corriendo, los cinco pisos) Buenas tardes, señora Emily.

Emily - (Con alegría) Ah, señor Roberts, se animó a venir, ¡con este tiempo!

Hudson - (Desde su sillón) ¡Morley! Venga a abanicar este maldito fuego si no quiere congelarse.

Roberts - (Riendo) ¿Cómo está señor Hudson? Antes tengo que entregarle un obsequio de parte de mi esposa. (Busca un paquete en su ropa).

Emily - ¿Cómo está pasando esa muchacha preciosa?

Roberts - ¡Muy bien! ¡Quería venir! ¡Imagínese!

Emily - No. ¡No la deje venir Sr. Roberts! ¡Es un riesgo!

Roberts - (Sacando, al fin, un envoltorio). ¡Aquí está! Señora Emily, tendrá que perdonarla (Con simpatía y cómica solemnidad). Este es un presente especialmente dedicado al querido maestro.

Hudson - ¿Qué es esto? ¿Otro frasco de miel? (Mientras abre el envoltorio.) Esa jovencita se ha propuesto endulzarnos la vida. Vamos a ver. (Al abrir el paquete, se queda mirándolo pensativo).

Emily - ¡Oh, son duraznos en compota! ¿Dónde consiguió duraznos en invierno?

Hudson - No. Son pickles de durazno. Como los que hacía mi madre.

Roberts - Mi esposa le oyó mencionarlos este verano. Ahora tenemos duraznos todo el año.

Hudson - Mi madre almacenaba docenas de frascos en la despensa. Claro, nosotros le ayudábamos a pelar la fruta. A mí me gustaba estar en la cocina en el momento en que ella agregaba los condimentos: vinagre, canela, clavo de olor y azúcar, por supuesto.

Emily - Nunca hice pickles de durazno. Tendrán que darme la receta.

Hudson - Vamos a probarlos.

Emily - ¿Ahora? ¿Antes del té?

Hudson - Ahora, sí. No vaya a llegar Sclater y se nos atraganten.

Roberts - ¿El señor Sclater va a venir?

Hudson - Dice Emily. ¡Tonterías! A ver, abra el frasco, Morley.

Emily les acerca platillos y cubiertos. Ella no come.

Roberts - (Abriendo el frasco). Aquí están. Espero que le gusten.

Hudson - (Sirviéndose y probando). Pickles de durazno. (Sonríe). ¡Sí! ¡Son pickles de durazno!

Roberts - (Sin entender). Sí, yo le dije.

Emily - ¿Pensabas que era otra cosa?

Hudson - (Siempre sonriendo). No. No es eso. ¡Es que son pickles de durazno! ¡Son los mismos! (Roberts y Emily lo miran. Se sirve otra porción. Habla entusiasmado y cada vez más para sí). ¡Había tantos durazneros allá! Eran árboles grandes y viejos, separados, con la punta de sus ramas tocándose apenas. Y eran tantos que, en agosto, cuando florecían... Ah, ¡aquella nube enorme de millares de flores rosadas contra el cielo azul! Nada en el mundo puede comparársele. ¡No, no creo haber visto nada tan bello! (Sale Emily).

Roberts - Maestro, hace tiempo que quiero preguntarle: ¿por qué no escribe sobre su infancia en la Pampa?

Hudson - No, creo que lo que valía la pena rescatar está desperdigado por ahí, en cuentos, artículos... Pero son chispazos, islotes de la memoria. Nunca se me ocurrió. Todo está demasiado lejano.

Roberts - ¿Lejano? ¡Yo lo veo tan presente en usted!

Hudson - (Después de un silencio). Sí. Puede ser. En cierta forma. A lo mejor yo no me doy cuenta. Fíjese lo que me pasó el otro día. Estaba trabajando en la historia de Caleb y de pronto releo y tengo que tachar medio capítulo porque se me habían introducido en el relato unos viejos estancieros que conocí en mi niñez. Se trataba de algo totalmente fuera de tema y hubiera sido desleal para con mi pobre y viejo pastor inglés.

Roberts - ¿Lo ve?

Hudson - La verdad es que, muchas veces, en mis viajes por estas tierras, cuando conocí la meseta de Peak, por ejemplo, tan desolada, o los "downlands" del sur, creí estar de nuevo en la Pampa, a pesar de las diferencias.

Roberts - Tiene que hacerle lugar a esos recuerdos.

Hudson - En Cornwall, cerca de St. Ives, me sentaba horas y horas sobre una roca desde donde podía dominar a la vez el mar y el páramo y, a veces, el rumor del mar golpeando contra el acantilado se me confundía con el sonido del viento al pasar entre los álamos de nuestra casa de Chascomús. (En este momento entra Emily. Hudson no la ve y suspira). Busco en Inglaterra lo que dejé pero no lo encuentro.

Emily trae un vaso de agua y una oblea. Él la ve y hace un gesto de rechazo.

Emily - ¡Vamos! Antes que te suba más la temperatura.

Hudson resignado, traga la oblea.

Escena III: Churrinches a la hora del té

Roberts - (Abanicando el fuego). Será mejor tomar el té cerca del fuego.

Emily - Sí. Voy a poner el servicio en la mesita rodante. (Lo va haciendo). Siéntate en tu sillón, William. Ayúdeme, Sr. Roberts. (Pasan el servicio a la mesita y lo acercan a Hudson que se ha quedado pensativo, mirando el débil fuego. Emily sirve el té). ¿Cuántas cucharaditas, Sr. Roberts?

Roberts - Lo tomo amargo, gracias.

Emily - Me acuerdo. Y una nubecita de leche, ¿verdad?

Roberts - Gracias. (Suena el carillón).

Hudson - Y al fin, ¿logró alquilar el atelier que tanto le había gustado?

Roberts - Sí, pero es apenas un altillo. Vine también a decirles eso. Voy a hacer una pequeña reunión para inaugurarlo, dentro de quince días. Me gustaría que fueran.

Emily - Si la salud de William lo permite. ¿Es en Chelsea, no?

Roberts - Sí. Conrad me prometió ir. Tiene mucho interés en volver a conversar con usted, Sr. Hudson.

Emily - ¿Ese polaco tan peculiar que dijo que mi marido escribe cómo crece el pasto? ¿Y quiere conversar con él?

Roberts - Creo que eso fue un elogio, señora Emily.

Emily - ¿Sí? ¡Por Dios!

Roberts - Edward Garnett va a leernos un ensayo sobre la Nueva Poesía. Y, quizás, la rani haga un poco de música.

Emily - Con esos instrumentos hindúes. No sé cómo le pueden llamar música a eso.

Roberts - Creo que se ha dormido. ¿No habría que abrigarlo?

Emily - Sí. (Retira la taza de té de manos de Hudson).

Hudson - (Rechazándola). ¿Qué haces?

Emily - Pensamos que te habías dormido.

Hudson - No. No dormía. Estaba mirando los churrinches. (Sonríe). Están por levantar vuelo. Van a emigrar al Norte.

Emily - No me gusta eso, William.

Roberts - ¿Qué son los churrinches, Sr. Hudson?

Hudson - Pyrocephalus rubinus.

Roberts - ¿Cómo?

Hudson - Cabecita y pecho de fuego. Pájaros. (Entre didáctico y alucinado). Se forman en batallones sobre el pasto. Son miles. Y esperan. ¿Qué? No se sabe. Se agitan. Dan pasitos. Vuelven. Levantan las cabecitas rojas. Miran para un lado, miran para otro, como esperando un llamado. ¿De dónde vendrá ese llamado? No se sabe. Y de pronto, ¡arriba!, todos juntos. ¡Ya! Nada los puede detener. Una inmensa llamarada se levanta de la pradera. ¡Una ola roja, gigantesca, que tapa el sol! (Roberts calla, fascinado. Emily observa preocupada. El arrobamiento dura un segundo).

Emily - ¿Más té?

Hudson - (Volviendo en sí, mira a Emily). No, gracias.

Emily - ¿Más té, señor Roberts?

Roberts - Sí, por favor. (Luego de un silencio, aparte). No se aflija, señora Hudson, se va a poner bien.

Emily - Está haciendo fiebre, pero no es su salud lo que me preocupa: es su mente.

Roberts - ¿Su estado mental? Tiene una mente poderosa y lúcida. Pero es un águila enjaulada. Por eso se enferma.

Hudson - ¿Por qué no vas al piano con Morley? Canten algo. Yo me voy a quedar por aquí.

Se cubre con un poncho liviano que está en el respaldo del sillón.

Escena IV: “Bel canto” y pobreza

Roberts conduce a Emily, que ha quedado impresionada por el estado de Hudson. Roberts encuentra una partitura. Mira a uno, mira a otro y trata de ayudar.

Roberts - “La Arlesiana”

Emily - No, “La Arlesiana”, no. Es muy fuerte todo lo que vivió allá. Y no termina de olvidarlo.

Roberts - Quizá, no sea bueno que olvide.

Emily - Tengo la partitura para piano de “La Boheme”... ¿Para qué añadir dificultades? Ya está todo bastante mal aquí como para martirizarse pensando en un mundo al que no puede volver. . Ahora tenemos esta casa que heredé de mi hermana. Pero está hipotecada y cuesta mucho mantenerla. Ud. ha visto, tuvimos que alquilar las habitaciones de abajo. Dentro de poco estaremos como en los días de Ravencourt; ¿se acuerda de aquellos días a cocoa y pan?

Roberts - ¿Y la pensión graciable?

Emily - Él no quiere saber nada de eso. ¿Vio que linda edición? Es de Ricordi. Lo peor es que no llego al fondo de todo esto. Entiéndame señor Roberts. No quise decir que su mente esté enferma sino que me asusta la desmesura de su nostalgia.

Hudson - (Amable). Y ese concierto, ¿para cuándo?

Emily - Deme, gracias. Aquí. (Ejecuta algunos acordes). ¿Nunca oyó a Adelina Patti?

Roberts - No.

Emily - Yo la conocí en París. Tenía una voz maravillosa que no parecía humana. (Reviviendo). Delicada, insinuante, dulce y potente a la vez. (Canta). “Mi chiamano Mimi ma il mio nome e Lucia”. (Acordes). Una vez me dijeron que yo tenía una voz parecida a la de ella. (Canta). “Mi piaccion quelle cose che han si dolce malía, che parlano d’amor, di primavera, che parlano di sognie e di chimere” (Arpeggios). A partir de ese día tuve un solo deseo: cantar como la Patti... (Canta)... ¡“Vivo sola, soletta, la in una bianca camaretta; guarda sui tetti è in cielo, Ma al tempo dello sgiello, il primo sole è mio, il primo baccio del’ aprile è mio!”... (Ha cantado con gusto y delicadeza. Está exaltada, llorosa). (Silencio).

Hudson - Sabe Morley, para triunfar hay que seguir tomando lecciones con grandes maestros, largo tiempo. No basta una preciosa voz. Hay que tener dinero. Y nosotros...

Emily - (Emocionada y tratando de ocultarlo). ¡Qué tontería! Tampoco bastan las lecciones ni la buena voz: hay que tener el don. (Vivamente) Sr. Roberts, es su turno.

Roberts pasa al piano y se pone a ejecutar una alegre y violenta danza escocesa.

Escena V: Mugre y libertad

Hudson - ¡Vaya, al fin se oye música en esta casa!

Emily - ¿Y la ópera, qué es, William?

Hudson - Ya conoces mi opinión: una hermosa excrecencia.

Emily - (Chocada pero sin enojo). ¡Por Dios!

Hudson - Beethoven. Danza escocesa.

Roberts - Sí. (Introduce variaciones brillantes sobre el ritmo y la melodía primarios).

Hudson - (Palmorea, siguiendo el ritmo). ¡Bien! ¡Bien! (Se pone de pie). Mi amigo Cunninghame es mitad español, mitad escocés. Es un alma libre, viajera.

Roberts - (Siempre tocando, sonrío) Cunninghame Graham? ¿El que llega al Parlamento montado en un caballo criollo?

Hudson - El Pampa, sí. Lo encontró tirando de un tranvía en Glasgow y mandó que lo desengancharan “¿Cuánto vale?”, preguntó. “Cincuenta libras”. “¡Lo compro!”

Emily - Cunninghame es un excéntrico y le sobra el dinero.

Hudson - No. No le sobra. ¡Lo que más ama en el mundo son los caballos! Siga, siga, Morley. (Toma a Emily e intenta dar unos pasos de danza pero se tambalea. Emily lo sostiene, Roberts deja de tocar). ¡No, no! Siga, siga, Morley, no es nada. Conocí otro escocés notable, allá en la Banda Oriental, en medio del campo. John Carrickfergus se llamaba. Mugriento y libre como él solo. (Roberts sigue tocando pero adecuando la música al relato. Hudson se acerca al piano; le habla a Roberts doblando y arrastrando las erres). Las mujeres como el ganado vacuno, son muy semejantes en todas partes del mundo.

Emily - ¡Por Dios!

Roberts - (Siguiendo el juego). Poca justicia le hace a las mujeres Sr. Carrickfergus.

Hudson - ¡Ahí está! Eso mismo le contesté yo. ¿Ve Morley? Las cabezas de los ingleses son intercambiables. ¡Ja!... (Vuelve a ser John). Hace veinticinco años que estoy en América. Aquí todo el mundo me dice: Don Juan.

Roberts - ¿Tenía estudios? ¿Conseguía algún libro en inglés?

Hudson - Carrickfergus - ¡Libros! ¿Leer? sería como si se me ocurriera usar pantalones. No, no amigo, nunca lea. No se meta en política y cuando alguien le moleste, péguele un tiro.

Emily - ¿Ese hombre tenía familia?

Hudson - Carrickfergus - Mis hijos andan por ahí: analfabetos, mugrientos y felices.

Roberts - Exagera.

Hudson - Carrickfergus - ¡No! ¡No les enseñe nada! En nuestra vieja tierra no pensamos más que en leer libros, cantar salmos y limpiar los pisos. Y hacemos desgraciados a nuestros hijos de tanto refregarles las orejas. Libertad para todos. Ese es mi lema. ¿Qué le parece, joven compatriota?

Roberts - Voy a pensar en lo que me dice.

Hudson - Carrickfergus - Mi madre era una mujer devota y rezongona. Mi padre quedó ciego de tanto leer. Era librero. Mi tío era clérigo. Y a mí, me educaron para cantar salmos. Pero mi único placer, de chico era encerrarme en mi pieza, arrancarme los botines, encender una pipa y tirarme al suelo a imaginar largos viajes por algún país salvaje. A los quince años me escapé de casa y me vine aquí. Nunca más los vi. Pero tampoco los necesité. ¿Ve esa mujer que derrite grasa en esa olla enorme? ¡Quizás sea la persona más grasienta que usted haya visto en su vida!

Roberts - (Poseído). ¡Pero qué hermosa es!

Hudson - Carrickfergus - Es mi mujer. ¿Ve ese ganado?, ¿ese campo?, ¿esos niños? Aquí encontré la felicidad. (Toca el revólver imaginario que lleva al cinto). Y este me la defiende.

Emily - (Por lo bajo) Es un juego ridículo.

Hudson se ensombrece. Tiene frío. Va hacia el brasero.

Escena VI: Un fuego que no arde

Hudson - ¿Qué es lo ridículo aquí? Este fuego que no arde es ridículo. Y encima, ahuma. Morley, por favor, abra la ventana. Vamos a morir asfixiados con tu famoso carbón de Coke.

Emily - No, Sr. Roberts, no abra la ventana. Le puede hacer mal. William, el brasero quema bien. No ahuma. Es un buen fuego.

Hudson - Raquítrico. Arrancado por hombres que viven bajo tierra. Es un fuego de esclavos.

Emily - Pobres mineros, ¡qué culpa tendrán!

Hudson - No me gustan. Me gusta la gente que trabaja al sol... (Yéndose lejos). Y que de noche, bajo las estrellas, se calienta junto a fogones de verdad... (Se acucilla como ante un fogón y llama a Roberts que se acucilla a su lado) mientras desde lo oscuro, lo espían los ojos fosforescentes del puma gris... (Imita para Roberts la mueca del tigre).

Roberts - (Sonriendo)... Fogones de verdad...

Hudson - Sí. ¡Con leña dura, bien seca, y un gran trasfoguero en el medio! ¡Grandes llamaradas y un chisperío de maravilla! (Largo silencio). (Suena el carillón). (De pronto, suelta una carcajada). Al lado de un fogón así, maté a mi primer hombre.

Emily - ¡William!

Hudson - Los demás se fueron y quedamos solos. Lo vi cuando me quiso madrugar con el cuchillo; manoteé el revolver y tiré desde abajo del poncho. Quedó seco.

Roberts - ¡Qué experiencia terrible!

Hudson - Nada de eso. Cuando vi que el muerto no era yo, me entró una alegría enorme. Hubiera podido gritar y cantar. Pero sólo me reí. (Ríe). Tiré el cuerpo en una zanja y riendo sin parar, volví al fogón. Me envolví en mi poncho y mirando el fuego, me dormí como un angelito.

Llaman a la puerta. Emily va a abrir.

Escena VII: La vida embalsamada

Emily - Buenas tardes, Sr. Sclater. Adelante.

Roberts - (A Hudson). Yo me retiro.

Hudson - No, quédese, quédese. Ayúdeme con ese individuo insoportable.

Sclater - Oh, buenas noches, Hudson, ¿cómo va eso?

Hudson - ¡Bien, bien! Descanse, Sr. Sclater. Tome asiento por ahí. Ah, el Sr. Morley Roberts.

Sclater - Mucho gusto. (Se sienta). La verdad es que es una escalerita regular... ¿Cómo se le ocurrió vivir aquí teniendo problemas cardíacos? (Nadie le contesta y él tampoco espera respuesta). Mire Hudson, me moría de impaciencia por mostrarle lo que conseguí en una librería de viejo. Sé que usted lo va a apreciar.

Emily - Sr. Sclater, ¿una tacita de té?

Sclater - Sí, con gusto. Con tres cucharaditas de azúcar, por favor.

Emily - (Corrida). ¿Puede ser miel?

Sclater - ¿Miel? Bueno, sí, por supuesto. Mire: “Experimentos de Galvani. Electricidad animal”. Es una joya. Tiene cerca de un siglo de editado...

Hudson - Tengo entendido que la electricidad animal nunca se comprobó. Y que Galvani fue totalmente eclipsado por Volta.

Sclater - Ya lo sé. Pero, ¡el libro, mi amigo!... Este libro es un tesoro rarísimo.

Roberts - Para un coleccionista, encontrar un libro así debe ser emocionante

Sclater - ¿Y sabe qué pensé? Regalárselo, Hudson. Nunca le pagué aquella introducción hermosa para mi libro sobre los picaflores. Bueno, como prueba del afecto que le profeso, esta es mi paga. (Se lo entrega, no sin algún esfuerzo).

Hudson - (Hojeando el libro) Hace experimentos con ranas muertas. Le aplica electrodos y observa cómo se contraen. No, gracias, Sr. **Sclater**. Conserve su joyita y olvídense de los picaflores. Este no es mi campo. (Se lo devuelve) Prefiero observar las ranas vivas en los charcos. Nunca fui hombre de laboratorio.

Sclater - (Retoma el libro con avidez) Sí, pero ¡la rareza del libro, **Hudson**! Lástima que no esté en latín.

Emily - ¿En latín?

Hudson - (Cortante). Yo he escrito algún libro, también, pero a pesar de eso tengo cierta reserva contra los libros de ciencia. Pienso que a veces un poema define con más precisión un concepto científico.

Sclater - ¿Un poema? ¿Los poetas metidos a definir verdades científicas? ¿Esos locos que no saben de qué hablan -como muy bien decía Sócrates-?

Hudson - Anote, Sr. Roberts.

Sclater - Oh, perdón, ¿el señor es poeta?

Roberts sonríe y hace un gesto como que no tiene importancia.

Hudson - Todo científico busca la belleza de lo viviente; todo poeta busca la verdad jugando con la bella apariencia que captan los sentidos.

Sclater - Es una opinión. Yo creo que el gran avance de los tiempos modernos se debe a que hemos puesto orden en el caos que nos presentan los sentidos; hemos ordenado, sistematizado, discriminado hasta lo último.

Hudson - Sí. Y también encasillado, etiquetado, esterilizado.

Sclater - ¿Cómo puede transmitirse el conocimiento de las Ciencias Naturales si no es a través de exposiciones lógicas, ordenadas, claras, que simplifiquen el convulsivo desorden de la vida, que la hagan comprensible? (Abruptamente) ¿Conoce, usted, mi museo, Sra. Hudson? ¿Y usted, Sr....?

Roberts - Roberts. Hum... No, no, lamentablemente.

Emily - Yo, en verdad salgo muy poco... no, no lo conozco.

Sclater - Ah, pero deben ir a conocerlo. Mi colección de insectos es única en el mundo.

Emily - Sí, claro; alguna vez, hace mucho, visité un museo. Era de muebles y de trajes, creo. Pero, ¿sabe?, a mí esos museos me asustan.

Sclater - ¿La asustan?

Emily - Sí, todo ese tiempo detenido, con olor a naftalina, joyas que ya no brillan, sedas descoloridas, carruajes que no van a ningún lado...

Sclater - Pero un museo de Ciencias Naturales...

Hudson - Huele a formol en vez de naftalina.

Sclater - En fin, la sensibilidad femenina... Ud. sabe lo que me está faltando en mi museo, ¿verdad Hudson?

Hudson - No.

Sclater - No se me haga el desentendido. Ya se lo mencioné una vez. Una colección de pájaros del Río de la Plata.

Hudson - ¡Ah!

Sclater - He pensado que usted es la persona indicada para realizar esa adquisición en nombre del museo.

Hudson - No comprendo. Mis lazos con la Argentina son casi inexistentes. A nivel científico, nadie. A nivel familiar, me escribo con mi hermana Mary, muy de cuando en cuando. ¿Por qué no hace el pedido al museo de La Plata?

Sclater - Escribí una vez y no obtuve respuesta, pero pensé que usted, con sus relaciones, usted sabe, hacendados amigos, parientes, algún taxidermista en Buenos Aires...

Hudson - Discúlpeme, yo, hace muchísimo tiempo que no hago ese tipo de trabajo. Ni lo encargo tampoco. No me interesan los pájaros embalsamados.

Sclater - Sin embargo, ¿quién envió desde el Plata una valiosísima colección al Instituto Smithsonian de Washington? (Entusiasmado) ¡265 piezas, 14 de las cuales no figuraban en el catálogo de Burmeister! ¡Y perfectamente clasificadas! ¡Imagínese, Sr...!

Roberts - (Divertido) ¡Roberts!

Hudson - Fue hace mucho tiempo. No lo haría más.

Sclater - Pero, si usted...

Hudson - Al principio también maté víboras. Pero un día descubrí que sólo observándolas vivir podía llegar a conocerlas. Usted no puede matar un pájaro para estudiarlo. Es como si para estudiar Teología le obligaran a matar un ángel.

Sclater - A pesar de todo, yo insisto, Hudson.

Roberts - Pido permiso para retirarme. El estado de mi esposa no admite que me demore más. Sr. Sclater, ha sido un placer. Sr. Hudson.

Sclater - Lo mismo digo.

Emily - Lo acompaño, Sr. Roberts.

Sclater - Piénselo, Hudson.

Roberts - Mañana a primera hora, estoy aquí. Me voy preocupado.

Emily - Gracias. Cariños a su esposa. Y que se cuide.

Hudson - No insista, Sclater, porque no va a conseguir nada de mí. A propósito, usted conoce el pájaro kakuy?

Sclater - ¿Kakuy? Con ese nombre... ¿De dónde es?

Hudson - Jujuy. Argentina. Se ve pocas veces; hay una antigua leyenda sobre él.

Sclater - ¿Ve como sigue interesado en el tema? ¡Ay, Hudson!, usted, a veces, me desconcierta. ¿Cómo puede unir una posición moderna, darwiniana, científica, a ese esteticismo peregrino que lo lleva a no querer realizar experimentos, ni embalsamar animales ni leer libros de ciencia?

Hudson - Yo me eduqué en la universidad de la Pampa. Mis profesores de ciencias naturales fueron rudos jinetes gauchos. Ellos me enseñaron que los pájaros se conocen por el canto y no por el nombre porque, seguramente, en el mundo de las nubes que habitan, esos nombres deben ser mucho más dulces y apropiados.

Sclater - Ud. hace poesía.

Hudson - Puede ser. Cuatrocientas culebras disecó Fontana en una labor larga e intensa pero si hay algo que deseemos conocer de las serpientes más allá del número, forma y medida de las escamas de su piel, ni Fontana ni los innumerables herpetólogos que vengan después de él, serán capaces de decírnoslo.

Sclater - Ud. está negando....

Hudson - (Interrumpiéndolo) Nunca podrán conocer la belleza, el poder, la perfecta armonía, el plan de perfecta adecuación del animal solitario a su mundo. Y más aún: la fascinación de su inviolable misterio sólo la da la serpiente viva.

Sclater - Por supuesto, pero...

Hudson - (Sin dejarlo intervenir). ¿Qué otra cosa hizo Darwin en las Galápagos sino observar como vivía el pinzón? Y supongo que Darwin significa mucho para usted.

Sclater - (Un poco molesto). Apropiándome de su estilo, le diré que para mí, Darwin, fue el que venció la oscuridad. El que iluminó con luz clarísima, hasta lo más remoto del pasado del hombre y hasta lo más lejano del porvenir.

Hudson - Hasta lo más lejano del porvenir, sí. Alguien que acepte la evolución de las especies, obligatoriamente está creyendo en una finalidad inteligente. ¿Sabe que con Darwin, aunque empezemos en el mono, vamos a terminar en el misterio y, quizás, en Dios?

Sclater - No quiero discutir. Mi mente científica se rebela. Creí que usted era un agnóstico, como yo.

Hudson - En parte. La tierra siempre viva es, para mí, mejor que cualquier hogar en las estrellas que ni los ojos han visto ni el corazón concebido. Pero creo en el espíritu de la Naturaleza y en la posibilidad de comunicar con él.

Sclater - **Hudson**, ¿no cree que Ud., como científico, es muy atípico?

Hudson - No, Sr. Sclater. Soy un científico honesto, Ud. lo sabe. Observo, no una sino decenas de veces antes de sacar una conclusión. Felizmente, he recibido el don de una memoria poco común. De algunos pájaros que vi en el Río de la Plata puedo dibujar hasta cincuenta imágenes diferentes y aún hoy podría reproducir sus cantos. ¿Cuál quiere?

Sclater - (Sorpresa) ¿Eh? (Entendiendo) ¡Ah!... Pitangus sulphuratus. (Hudson imita el canto del benteveo). Furnarius rufus. (Ahora, imita el canto del hornero). Es asombroso.

Hudson - Yo se lo atribuyo a que no he perdido el primer entusiasmo infantil. (Se aleja de Sclater y, abstraído, silba en forma casi inaudible).

Emily - (Inquieta). ¿Cómo te sientes, William?

Hudson - Bien, un poco cansado, nada más.

Sclater - No lo quiero molestar más, amigo mío. Se ve un poco pálido. Por supuesto, tómese los días que le hagan falta para reponerse y después pase por el museo. Pero antes de irme, dígame... aquel trabajito que le encargó Chester Waters, el arqueólogo, hace más de tres meses, ¿pudo terminarlo?

Escena VIII: El mono sobre el árbol

Hudson - Chester Waters no es un arqueólogo, Sr. Sclater. Es un estafador y Ud. lo sabe.

Sclater - (Ríe). Bueno, hombre, no es para tanto... Es cierto. Yo no apruebo sus métodos pero, la verdad, es que no hace mal a nadie. Me ha tenido loco pidiéndome su dirección para obtener ese árbol genealógico.

Hudson - ¡No se la habrá dado!

Sclater - ¡No! Va día por medio al museo. Por favor, si pudo hacer el trabajo, démelo. Yo mismo se lo voy a llevar.

Hudson - Sí, el trabajo lo hice... El me pidió que investigara la genealogía de Clarence Jenkins, un millonario tejano.

Sclater - ¿Que investigara?

Hudson - Sí, claro. ¿Cómo voy a hacer un árbol genealógico sin investigar?

Sclater - ¡Por Dios, hombre! Ud. sabe que lo que él pretende es un árbol primorosamente dibujado con algunos títulos rimbombantes y algunos blasones para que su cliente pueda colgarlo en el salón de las visitas.

Hudson - Sí. Por eso, investigué.

Sclater - ¿Investigó o... rebuscó por ahí?

Hudson - (Serio). No. Yo investigué.

Sclater - ¿Y qué encontró?

Hudson - Nada. ¡Ah! Pero el árbol genealógico, lo hice. Emily, trae mi carpeta de dibujos.

Sclater - Bueno, eso es lo que quiere Chester Waters. Y le va a pagar bien. El dibujante que tenía se le fue. Si queda conforme, puede contratarlo. A él le llueven los pedidos de los nuevos ricachones norteamericanos que buscan antepasados linajudos en Inglaterra. Puede ser una estimable fuente de ingresos para Ud. Y como le digo, con eso no se hace mal a nadie... (Ríe) Hasta tiene su gracia...

Hudson - Aquí está. Gracias, querida. Sírvase Sr. Sclater.

Sclater - Pero ¿cómo?; está sin terminar...

Hudson - No, Sr. Sclater.

Sclater - (Sin desenrollarlo del todo). Aquí no hay nada. Los casilleros están vacíos.

Hudson - (Lo toma de nuevo). Es cierto. Nada por aquí, nada por allá; ni duque, ni conde, ni caballero, ni siquiera un notario o un barbero. Nada... Este Clarence Jenkins debe ser una semilla echada al viento de algún rufián escapado de presidio. Y en esos casos, lamentablemente, suele no aparecer nada por ningún lado. Pero mire, Sr. Sclater, (Desenrolla completamente el dibujo y se lo muestra) el Sr. Darwin viene en nuestra ayuda.

Sclater - Por Dios, hombre, ¿qué hizo? Puso un mono en lo alto del árbol.

Hudson - Es un buen trabajo. Honesto. Científico. ¿O preferiría que hubiera dejado volar mi imaginación de poeta? No. Yo no hago eso. Lo único verdadero es el mono. Y ahí está. Lléveselo. Es suyo. O de Chester Waters. (Complacido, mirando la lámina) El mono me salió muy bien. (Le extiende el rollo).

Sclater - (Cortante) Ud. es imposible, Hudson. Yo sólo quería ayudarlo. Buenas noches.

Emily - Lo acompaño, Sr. Sclater.

Sclater - (En la puerta) Cuidelo mucho. Y cuídese usted también, pobre señora mía. Buenas noches. (Sale).

Escena IX: La pensión graciable

Al irse Sclater, Hudson se quita el abrigo, se sirve un vaso de agua, busca un termómetro en el cajón de algún mueble y se lo coloca debajo del brazo.

Emily - (Volviendo) ¿Por qué lo hiciste?

(Hudson se encoge de hombros y no contesta) Él sólo quería ayudarte.

Hudson - Sí. Está bien.

Emily - El Sr. Sclater te ha conseguido trabajos bien pagos y adecuados. Con decirle que no querías hacer lo de Chester Waters bastaba. Ahora, no creo que vuelva a llamarte.

Hudson - Emily, no te aflijas, ya nos arreglaremos. (Silencio).

Emily - Gray de Falldon me escribió una carta.

Hudson - ¿Sí?

Emily - Dice que no puede seguir gestionando la pensión graciable si no tiene la certeza de que te vas a nacionalizar inglés.

Hudson - ¿Por qué no me escribió a mí?

Emily - Cambió el Ministro. Gray de Falldon tiene influencias en este momento. Ahora es cuando hay que hacerlo. Me pide que haga el mayor esfuerzo para convencerte.

Hudson - Estoy cansado, Emily.

Emily - Te estás matando, William. Necesitamos buena comida, aire puro, tranquilidad de espíritu.

Hudson - Tendría que trabajar más. Eso bastaría.

Se quita el termómetro, lo mira, se lo pasa a Emily quien lo mira y mueve la cabeza desalentada, luego lo sacude y lo guarda.

Emily - Nadie puede trabajar con la salud quebrantada. Hay que salir de esto.

Hudson - ¡Emily, necesitamos tan poco! Nos hemos acostumbrado a una pobreza casi franciscana.

Emily - Sí, pero por lo menos café, el queso y las espinacas que te gusta comer, tiene que haber en la mesa. Déjame contestarle a Gray.

Hudson - ¿Contestarle qué?

Emily - Que aceptas. Que te vas a nacionalizar.

Hudson - No sé. No creo.

Emily - Hace veinticuatro años que vives en Inglaterra. Y tú la elegiste. Podías haberte ido a Estados Unidos si no querías quedarte en la Argentina. Al fin y al cabo tus padres eran norteamericanos. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué viniste a Inglaterra? No fue un viaje de placer. Viniste a quedarte. Y a escribir. Has escrito libros sobre Inglaterra. Has descrito sus pájaros, sus campesinos, sus aldeas. Y lo has hecho con gusto, con amor. Tienes amigos, acá. Pocos, pero muy buenos. Gente que te quiere. Y no hablo de mí, a quien ni siquiera llamas esposa en tus escritos.

Hudson - (Divertido, con cariño) ¿Cómo te llamo?

Emily - “Compañera” “Compañera lenta” “¡Más lenta que la pobre lombriz! ¡O la tortuga del cuento!”

Hudson - (Riendo) Una compañera... sea como sea, es una compañera. Una esposa, muchas veces, no lo es. Ven aquí.

Emily se le acerca. El la besa con ternura.

Emily - La gente que trabaja contigo en la defensa de los pájaros está desesperada al ver tu situación económica; y quiere hacer algo.

Hudson - ¿Qué gente?

Emily - Me pediste que fuera a la reunión de la Sociedad protectora...

Hudson - No me acuerdo.

Emily - Pero sí, ayer de tarde, a avisar que estabas enfermo...

Hudson - Ah, sí.

Emily - ¡Me recibieron tan bien! Todos acababan de leer “La moda de las plumas” y estaban entusiasmados. Lady Dorothy dice que sólo por tu esfuerzo se está por aprobar la ley que prohíbe la destrucción de las especies en peligro. William, ellos te quieren, te respetan y quieren ayudarte. Ellos te admiran, William. Diles que sí.

Hudson - Hay dos cosas, Emily. Primero, que es vergonzoso aceptar una pensión graciable a mi edad. No soy un anciano. Puedo trabajar. Y puedo sobrellevar mi enfermedad, como la he

sobrellevado desde que era un niño. En segundo lugar, mi querida, mi querida compañera, mi querida amiga, este esposo tuyo, aunque hable y escriba en inglés, no es inglés, no se siente inglés y ¡no quiere ser inglés! Y ahora déjame dormir. Estoy muy cansado. Me voy a quedar en el sillón. Así, sentado, parece que respiro mejor. (Emily llora en silencio). No llores Emily. No llores. Vete a la cama. Vete. Yo me voy a quedar por acá. No te preocupes más. Vete a dormir. Apaga la luz del centro.

Emily - Sólo quisiera entender qué hay detrás de esa negativa.

Emily sale cabizbaja, Hudson se acomoda en el sillón y queda en la penumbra con los ojos cerrados. Como antes, se oye el viento que ahora sopla con fuerza.

Escena X: Los caballeros ingleses

Poco a poco va entrando el sonido de caballos, perros, griterío de cazadores. Se oye un potente cuerno de caza y los gritos: “¡the fox, the fox...!”
La cacería fantasma pasa por el medio del escenario persiguiendo al zorro. Los caballeros que miman la cabalgata, traen escopetas en sus manos y están borrachos. Cuando ven a Hudson su actitud es amenazante.

Cloudlesley - ¡Caballeros!, vamos a juzgarlo. Lo acuso de ser un ordinario.

Hudson - ¡Capitán Cloudlesley!

Bingley - ¿Qué hace este inglés en la Banda Oriental? ¿Adónde va?

Hudson - ¡Bingley!

George - ¡Eso! ¿De dónde viene? ¿Posee tierras?

Hudson - ¡George! ¿Por qué están aquí?

Bingley - ¿Y cuántas ovejas? ¿Qué dices tú?

Chillingworthy - Yo digo que él no reconoce la misión civilizadora de Britannia en esta tierra de salvajes. (Comienza a cantar: “Rule, Britannia”. Todos lo siguen cantando desaforados. Hudson se tapa los oídos y sacude la cabeza como para librarse de la pesadilla).

Cloudlesley - ¡Adelante Inglaterra! ¡Al zorro!

Bingley - ¡Al traidor!

George - ¡Al traidor!

Suenan dos disparos. Hudson acusa el golpe en el pecho. Se arma bullicio de cuerno, caballos, perros.

Hudson - (Gritando). ¡Yo no soy un traidor! ¡Yo no soy inglés!

Queda temblando y se deja caer sobre su sillón... Los caballeros ingleses se vuelven y desaparecen con su algarabía gritando: ¡The fox, the fox...!

Escena XI: La elección errada

Entra Emily y se arrodilla al lado del sillón. Hudson tiene la ropa y el cabello revueltos.

Emily - ¿Qué pasa mi querido? Te oí gritar. ¿Una pesadilla? Estás empapado en sudor. ¿Quieres que te traiga una taza de leche tibia?

Hudson - No, no te vayas. No me dejes solo.

Emily - Duérmete, duérmete. A ver... Así... (Lo abraza y acuna en silencio).

Hudson - Estoy muy inquieto... Enciende la luz. Debe ser la fiebre.

Emily - (Enciende una lámpara) ¿No puedes dormir?

La luz se intensifica más de lo esperado hasta sugerir un día de sol intenso.

Hudson - (Comenzando a alucinar, sonrío, cambia el tono) Cántame aquella canción tan linda... mi favorita... “Desde aquel doloroso momento”...

Emily - No conozco esa canción.

Hudson - (Mirándola extrañado) ¿Cómo que no? La cantabas siempre.

Emily - (Lo mira y suspira) Voy a traerte otra oblea. (Se incorpora).

Hudson - Quédate. (Le toma la mano y la atrae hacia él). Te soltaste el pelo.

Emily - Sí. Para dormir.

Hudson - Te cubre como una nube oscura.

Emily - (Extrañada) ¿Oscura?

Hudson - (Le tapa el rostro con el cabello) Ahora estás escondida, como la luna entre las nubes. (Le descubre el rostro). Ahora, de nuevo sale la luna.

Emily - ¡Así que ahora soy la luna!

Hudson - No, no eres la luna. Porque ella es una mujer casada. Está casada con el sol. Y tú te vas a casar conmigo... Y te voy a llevar a Inglaterra.

Emily - ¿Qué estás diciendo?

Hudson - No, no te muevas. La luna es una mujer tranquila. Recuéstate un ratito aquí, a la sombra... Y no hables. Ni una palabra. Ni un movimiento. (Emily lo deja hacer con expresión inquieta y dolorida) No tengas miedo; tranquilízate. ¡Qué preciosa eres! ¿Cuántos años tienes? ¿Catorce?

Emily - (Bajo). ¡William!

Hudson - Las manitos te hierven... ¡Y te brillan tanto los ojos! (La besa, primero suavemente, después con pasión). Yo te quiero, nena mía, te siento como una lluvia de luz. (La besa nuevamente). Dime que te irás conmigo. Dime que no me dejarás partir solo. Nunca tuve una mujer como tú. Te quiero, te quiero tanto... María... Ah, mi María...

Emily - (Logra incorporarse). William, ¡no!

Hudson - (Abrazándose a ella). ¡No te enojés! ¡No te vayas! ¿Sabes? Yo tengo que irme a Europa. Aquí sólo puedo desempolvar libros viejos... Tengo que estudiar. Tengo que irme a Inglaterra...

Emily - ¡Suéltame!...

Hudson - Tienes que entender. Ni siquiera estoy eligiendo. Siento que tengo que irme... Como los pájaros... De repente sienten una fuerza, adentro, que los empuja... y levantan vuelo y se van. Yo siento lo mismo. ¿Puedes entender? Pero yo voy a conseguir que te vengas conmigo... (Emily se levanta y se va) ¡María! ¡No te vayas!

Escena XII: Voces en el viento

El viento sopla más fuerte. De golpe, se abre la ventana. En una penumbra gris-azulada, se ve la figura de Hudson recortada contra el cielo. El ruido del viento se une al del mar y a lejanos mugidos de ganado. Relámpagos. Campana de barco.

Voz de Alberto - Este viaje no tiene sentido. ¿Por qué te vas?

Voz de Hudson - ¡Home! ¡I'm going home at last!

Voz de Alberto - (Riendo). ¡Ay, hermanito! ¿Desde cuando Inglaterra es nuestra “home”?

Voz de R. C. Graham - ¡Aunque Londres fuera el paraíso, amigo **Hudson**! ¡Ni usted ni yo queremos ir a un cielo donde no existan los caballos!

Voz de María - ¡Beberás el agua salada del mar para sentirme cerca!

El viento arrecia y después cesa. En el silencio se oyen gemidos de dolor de Hudson.

Hudson - ¡Ay! ¡Ay! (Se lleva las manos al pecho. En ese momento se oye el grito del kakuy) ¡Emily! ¡Emily! (Silencio. Se oye el carillón).

Escena XIII: El kakuy

Del fondo de la casa sale una mujer morena que se cubre con un chal negro sobre un vestido de novia, desgarrado. Es joven y muy bella, pero extraña.

Hudson - Emily...

María - Déjala, está llorando. Déjala descansar, no la asustes. Es vieja ya.

Hudson - ¡María!

María - Sí. (Silencio). ¿No me preguntas nada...? (Largo silencio). Tu hijo murió al nacer.

Hudson - ¿Mi hijo?

María - Después, un vecino se dignó pedirme en matrimonio. Fui prisionera de mi familia. Sin oír, sin ver, sin probar alimento, me vistieron de novia y me empujaron hasta una mesa que hacía de altar en el patio.

Empezó la ceremonia y yo sólo sentía un dolor que me partía el pecho. De pronto, me di cuenta que todos estaban esperando que dijese “sí”. Entonces oscureció de golpe. Un remolino de tierra que venía del campo me envolvió, ¡me arrancó del patio de la estancia y me tiró muy lejos! Cuando volví en mí, entre las espinas del monte, de mi boca salía un chillido horrible, agudo, desgarrante...

Se oye de nuevo, el grito del kakuy.

Hudson - (Fascinado se acerca a ella). ¿Qué quieres de mí?

María - Llévate conmigo.

Hudson - ¿Cómo?

María - Ceniza... sobre mis alas. (Silencio. Ella le tiende los brazos).

Hudson - ¿Tan enorme fue mi falta? Yo te amaba...

María - Despreciaste la vida que te daba. Elegiste otra.

Hudson - ¿Cómo podía saber entonces que sólo lo que dejaba atrás era la vida? (Separándose de su abrazo, la mira intensamente). Pero tú no eres la misma.

María - Sí... soy la luna, Guillermo, soy la luna, esposa del sol. (El se vuelve a llevar las manos al pecho. Ella se acerca, amorosa). ¿Te duele? ¿Los latidos son muy violentos? ¿Podrás soportarlo?

Hudson - (De pronto, como teniendo una revelación). ¡No! La chiquilina que yo amé era distinta. Hace años que te conozco. ¡No te valen disfraces, maldita! Te he visto durante toda mi vida aparecer con la fiebre. Pero tampoco esta vez me vas a ganar la pulseada. ¡Fuera de aquí! (Lucha violentamente con la mujer y la arroja al suelo. Ella se escabulle dejando en su lugar el chal negro y el chillido del kakuy). ¡Emily! ¿Dónde estoy? ¡Ayúdame! ¡Ay!, ¡me duele! No quiero morir, no quiero morir... (Reza) “Dios es mi pastor, nada me faltará”... ¡Ay! ¡Ay! “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré...” ¡Ay, madre mía! De qué poco me sirve tu Dios ahora... Voy a morir, mamá; creo que esta vez sí, voy a morir. (Con pena y rabia) Y todo el universo luminoso, todos los mundos que pueblan el espacio, habrán existido en vano si yo no puedo mirarlos. ¡La inmundicia, la desdentada y sucia me va a tener al fin! Ojalá me sirvieran los rezos que me enseñaste, mamá. Voy a morir solo, mamá... tan lejos de tus huesos queridos.

Se oye más fuerte el grito del kakuy. Hudson se encoge dolorido y, con un gemido sordo, cae al suelo sin conocimiento.

Escena XIV: Aprender después de morir

Se enciende el lugar del brasero. La Madre, aparece sin prisa. Trae un pequeño tazón de barro y un puñado de hierbas apretado en la mano. Coloca el tazón sobre el brasero y echa las hierbas dentro. El recipiente comienza a humear.

Emily entra corriendo. Ve a Hudson en el suelo, se arrodilla junto a él, le levanta la cabeza, le golpea las mejillas, trata de incorporarlo. Al ver que no puede, busca un almohadón y una manta y lo arropa. Toma una de sus manos, la frota, le echa el aliento. Mientras hace esto, solloza y lo llama por su nombre. La Madre, sonríe, tranquila. Emily, desesperada, toma un abrigo al pasar y sale corriendo hacia la calle. La Madre, retira la pequeña vasija del fuego y se acerca a Hudson en el suelo. La actitud de la Madre es doméstica y noble. Coloca la cabeza del hijo sobre sus rodillas y lo hace aspirar los vapores que continúan saliendo del recipiente.

Madre - Respira hondo... Respira, respira hondo.

De a poco, Hudson se va reanimando con los vapores. Abre los ojos; ve a su madre.

Hudson - Mamá...

Madre - (Sonriendo). Ya estás de vuelta. Aspira otra vez. (Se siente de nuevo el grito del kakuy). No te asustes, ya le va a llegar su turno. He aprendido muchas cosas bajo la tierra.

Hudson - ¿Más oraciones?

Madre - Oraciones, conjuros, secretos de mis comadres criollas.

Hudson - Entonces, ¿no eres sólo polvo?

Madre - (Sonríe y no contesta). ¿Te acuerdas cuando te hablé de Dios por primera vez? Tú imaginaste una columna azul al lado de tu cama.

Hudson - Sí.

Madre - Ahora, me llamaste de nuevo, tan angustiado como cuando eras niño y yo tengo, otra vez, el remedio para ti.

Hudson - No te vayas mamá. Ella va a volver.

Madre - Esa María que quisiste tanto ya no existe. Murió de su propia muerte el día de su boda.

Hudson - Es el kakuy. Es mi muerte.

Madre - Sólo para ti vuela ese pájaro maldito. Vamos a hacer que detenga su vuelo y se pose en el árbol olvidado de tu niñez. (El kakuy arrecia en forma amenazadora. Él se vuelve a encoger de terror). Tendré que obrar rápido. ¿Recuerdas el árbol? ¿Recuerdas su perfume, por noviembre? ¿Sus florcitas nacaradas, color paja?

Hudson - No, no me acuerdo.

Madre - No tenía nombre. Lo llamábamos “el árbol”. Era grande, esbelto, de corteza blanca y espinas largas y filosas.

Hudson - No sé. No puedo ver nada.

Madre - Necesito el nombre del árbol para conjurar al pájaro. Tú te convertiste en un hombre muy sabio. Debes conocerlo. Piensa. Encuentra el árbol en algún sitio de tu memoria y sabrás el nombre (El kakuy se acerca con su grito. Él se aferra a la madre). No importa; voy a comenzar. No tengas miedo, reza conmigo, verás como te vuelve la memoria.

Las cortinas vuelan como agitadas por las alas de un pájaro.

Hudson - No puedo, no puedo acordarme...

Madre - Aire vivo,

Hudson - Aire vivo,

Madre - Aire muerto,

Hudson - Aire muerto,

Madre - Aire pardo, aire de la noche, aire del amanecer,

Hudson - ... aire del amanecer,

Madre - Aire estupor, aire perlático, aire de todos los aires,

Hudson - Aire de todos los aires,

Madre - Yo a vosotros requiero de parte del Amo de los hombres / y de la Reina del Cielo y del fuerte Forastero, / del Todopoderoso, del Señor de los Muertos, / y pido el destierro de estas fiebres/ ¡qué salgan del cuerpo de mi hijo / y vayan a cruzar el mar sagrado / y se hundan en los pantanos de la Pampa / y se entierren en su barro negro / y las devoren los alacranes y las culebras! / ¡y vigilen los pájaros amigos / para que no vuelvan a cruzar el mar!

Hudson - ... Para que no vuelvan a cruzar el mar. (Pausa expectante. Al fin, sonríe distendiéndose). Sí. Es nuestro árbol. El vecindario dice que es único en el mundo y lo llama “el árbol”. Cuando llega el verano, la brisa transporta su perfume leguas y leguas y le anuncia a la gente que “el árbol” ha florecido y que ya pueden venir a casa a pedir una rama para perfumar sus ranchos. (Saliendo de su ensueño). Era un espino de bañado.

Madre - Vivirás. El kakuy se ha posado en el espino.

Hudson - Madre, ¿podré sentirme vivo alguna vez, lejos del pasto que crece, lejos de todo lo que vive y resuena en la Pampa inmensa?

Madre - Recordarás de una manera diferente. Al despertar mañana, tendrás una visión del pasado clara, continua, viva, refulgente. Ella te acompañará algún tiempo. Debes salvarla del olvido. Es tu segunda oportunidad. No la pierdas.

El kakuy ha cesado sus gritos. La tormenta amaina. Hudson, muy cansado, se dirige a su sillón, se envuelve en su manta y se duerme. La Madre, entonces, se inclina sobre él y con sentimiento tierno y malicioso, entona una canción de cuna en inglés con la melodía del arrorró español.

Madre - Sleep hath closed the eyelids

Of my darling boy...
Angel keep my precious
pearl of sacred joy...

Lo besa y sale y, al hacerlo, recoge el chal negro que dejó María y lo lleva arrastrando.

Escena XV: Allá lejos y hace tiempo

Emily y Roberts entran corriendo. Se detienen bruscamente al ver a Hudson dormido en el sillón.

Emily - Lo dejé en el suelo porque no pude... ¡Le volvió el color!

Roberts - Respira bien. Parece dormido.

Emily - Ah, se le entibieron las manos ¡Gracias a Dios! (Agitada y sollozante se reclina sobre Roberts). Ah, Sr. Roberts, ¡gracias a Dios! Voy a prepararle algo caliente. ¡Dios mío, la ventana abierta! (La cierra y sale como para la cocina. Roberts va junto a Hudson. Saca un pañuelo, le seca la frente y el rostro. Se queda contemplándolo con veneración. Hudson despierta).

Hudson - Hijo, Morley, ¡tan temprano!

Roberts - ¿Cómo se siente?

Hudson - Mejor... ¡Me bajó la fiebre! Y está amaneciendo. (Se aprieta los ojos). Morley, debe haber papel y lápiz por ahí arriba... necesito... ¿encontró? Tengo que dictarle algo... Es raro lo que me pasa... Escriba, Morley... “La casa donde nací, en las Pampas sudamericanas, se llamaba, muy acertadamente, “Los veinticinco ombúes”... A ver, deme, creo que puedo seguir yo. Por favor, tráigame un poco de agua. Tengo mucha sed... (Roberts va saliendo. Hudson le grita, muy animado. Sale Roberts). ¡Morley! (Roberts vuelve a entrar). ¿Sabe que tengo ganas de hacer?

Roberts - ¿Qué?

Hudson - Salir a caminar. (Ríe) Ya se, ya se que sería una locura. (Ríe contento) Voy a escribir sobre mis primeros años en la Pampa. No quiero perder ni un minuto. Están pasando de nuevo en mi cabeza y me da miedo que se desvanezcan. Vaya, Morley, tráigame agua. (Roberts sale) Tengo que salvarlos del olvido. El olvido los va a cubrir de nuevo; y quedarán sólo islotes... Pero antes... (Toma una hoja nueva y escribe un título con letra grande mientras va diciendo con convicción:). “Far away and long ago”. (Levanta la cabeza, mira hacia adelante y dice:). “Allá lejos y hace tiempo” (Vuelve a escribir con entusiasmo).

FIN